

Referencias bibliográficas

Obras de San Agustín

Obras de San Agustín, edición bilingüe (latín-español), Biblioteca de Autores Cristianos (BAC):

- Tomo I, bajo la dirección del P. Félix García, O.S.A. Madrid, BAC, 1946. Especialmente: *Introducción general* (pp. 4-327). *Vida de San Agustín, escrita por San Posidio* (pp. 331-433). *Soliloquios* (pp. 489-614). *De la vida feliz* (pp. 583-638). *Del orden* (pp. 641-765).
- Tomo II: *Las Confesiones*. Introducción y anotaciones del P. Ángel Custodio Vega, O.S.A. Madrid, BAC, 1946.
- Tomo III: *Obras filosóficas*. Edición preparada por varios autores. Madrid, BAC, 1946. Especialmente: *Del libre albedrío* (pp. 237-521).
- Tomo IV: *Obras apologeticas*. Edición preparada por varios autores. Madrid, BAC, 1962 (3ª edición). Especialmente: *De la verdadera religión* (pp. 3-203). *Enquiridion* (pp. 391-543). *De la fe en lo que no se ve* (pp. 677-699).
- Tomo V: *Tratado sobre la Santísima Trinidad*. Introducción y notas de Fray Luis Arias, O.S.A. Madrid, BAC, 1956 (2ª edición).
- Tomo XII: *Tratados morales*. Edición preparada por los PP. Félix García, O.S.A., Lope Cilleruelo, O.S.A. y Ramiro Flórez, O.S.A. Madrid, BAC, 1954. Especialmente: *El combate cristiano* (pp. 475-525). *Sobre la mentira* (pp. 527-607). *Contra la mentira* (pp. 609-689).
- Tomo XVI: *La Ciudad de Dios* (1º). Introducción y notas del P. Victorino Capánaga, O.R.S.A. Madrid, BAC, 1977 (3 edición).
- Tomo XVII. *La Ciudad de Dios* (2º). Edición preparada por el P. Victorino Capánaga, O.R.S.A. Madrid, BAC, 1978 (3ª edición).

También hemos manejado la anterior edición bilingüe de *La Ciudad de Dios*, de dos volúmenes en uno, preparada por el P. José Morán (O.S.A.). Madrid, BAC, 1958.

Obras de Santo Tomás de Aquino

Suma Teológica, texto latino de la edición crítica Leonina, traducción española y anotaciones por una comisión de PP. Dominicos presidida por Fr. Francisco Barbado Viejo, O.P., Obispo de Salamanca, con introducción

general de Fr. Santiago Ramírez, O.P., 16 vols., Madrid, BAC, 1947-1960:

- Tomo I: *Tratado de Dios Uno en esencia*. Madrid, BAC, 1947.
- Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad (I, q. 27-43). Tratado de la Creación en general (I, q. 44-49)*. Madrid, BAC, 1953 (2ª edición).

Abreviaturas y citas

Obras de San Agustín

- *Conf.*: *Confessiones (Las Confesiones)*.
- *Contra mend.*: *Contra mendacium (Contra la mentira)*.
- *De agone christ.*: *De agone christiano (El combate cristiano)*.
- *De civ. Dei.*: *De civitate Dei (La Ciudad de Dios)*.
- *De fide rerum.*: *De fide rerum quae non videntur (De la fe en lo que no se ve)*.
- *De lib. arb.*: *De libero arbitrio (Del libre albedrío)*.
- *De mend.*: *De mendacio (De la mentira)*.
- *De ord.*: *De ordine (Del orden)*.
- *De Trin.*: *De Trinitate (Tratado sobre la Santísima Trinidad)*
- *De vera rel.*: *De vera religione (De la verdadera religión)*.
- *De vita beata.*: *De vita beata (De la vida feliz)*.
- *Ench.*: *Enchiridion (Enquiridion)*.
- *Sol.*: *Soliloquia (Soliloquios)*.

Obras de Santo Tomás de Aquino

- *S. Th.*: *Summa Theologiae (Suma Teológica)*.

Prólogo

Quien inicia la lectura de este libro, obra de un intelectual católico joven, experimenta una primera sorpresa: la profundidad que reviste su pensamiento. No se trata de hacer un estudio erudito de la obra de San Agustín empleando los recursos que nos ofrece la Teología de la Historia, sino de comunicar al hombre de hoy hasta qué punto le siguen afectando los esquemas que en otra época de profunda crisis, el hundimiento del Imperio romano, llegara a trazar el santo obispo de Hipona. *La Ciudad de Dios* es algo más que un monumento dentro del legado cultural cristiano: significa un valor presente, una lección que nosotros, los hombres del segundo milenio, debemos tener en cuenta ya que de ello depende la construcción del futuro.

Santiago Cantera dedica sus tres primeros capítulos, seguramente los más importantes del presente trabajo, a explicar las raíces del pensamiento agustiniano. E incide –no podía ser de otra manera– con la doctrina de Benedicto XVI desde el inicio de su Pontificado: pues Dios ha dispuesto que el amor sea en el hombre uno de los signos de su imagen y semejanza. La persona humana se desenvuelve, por encima de las estructuras, sociales o políticas o económicas, por su respuesta a la gran cuestión del amor. Pues no hay judíos ni griegos sino solamente hombres que “por amor a Dios” son capaces de llegar al desprecio de sí mismos y otros que “por amor a sí mismos” incurren en el desprecio de Dios.

El libro tiende a descubrirnos, a través de San Agustín –yo me atrevería a decir a través de lo que el agustinismo ha construido a lo largo de quince siglos– un nuevo Humanismo que parte de la noción del ser y descubre en la persona las dimensiones esenciales de racionalidad y libertad. Pues si bien se afirma de modo contundente que Dios guía el suceder histórico por medio de su Providencia, ha otorgado al ser humano la dimensión de la libertad que se desarrolla en el tiempo, que es a su vez una criatura que ha tenido comienzo, como las nuevas doctrinas científicas también reconocen, y lleva a una meta. Amor y libertad me parece que son conceptos muy profundamente explicados en este libro. Es imprescindible leer despacio y en más de una ocasión este texto de los tres primeros capítulos.

El suceder histórico, como ha recordado el Concilio Vaticano II, tiene en Cristo su centro y plenitud. La Redención, entre otras cosas, nos recuerda este autor, es también la comunicación definitiva entre la Trascendencia que es Dios y la Inmanencia dentro de la que vive el hombre. Y señala así el peligro en que se halla la sociedad contemporánea que, apelando a lo que llama laicismo, se encierra en un inmanentismo radical. Por eso el ser humano emplea tiempo y esfuerzos casi exclusivamente en allegar bienes materiales como si éstos constituyeran el progreso y deja muy poco espacio para quienes desean dedicar su vida a Dios. La Redención es también una oferta que se hace al hombre y a su libertad, pues necesita una respuesta para completarse definitivamente en cada uno de ellos. Es muy importante poner atención sobre los párrafos que se incluyen bajo el título de “efectos de la vida y de la obra de Cristo”.

El autor trata a continuación de explicarnos cuáles eran las recomendaciones políticas de San Agustín, que en nuestros días cobran nueva vigencia dado el paralelismo de situaciones. La sociedad se construye a sí misma, cierto, pero dentro de los postulados de la *Ciudad de Dios*, no es simple resultado de un consenso: tiene que tener en cuenta el orden que el propio Dios ha establecido en el Universo. Del mismo modo que consideramos loco a quien pretenda legislar acerca de la hora del amanecer, estamos incidiendo en verdadera insania cuando se procede a legislar en contra o al margen de la moral, de la que todo depende. Los maestros medievales, especialmente en su última etapa, insistieron en decirnos que los derechos humanos son naturales y no, como los revolucionarios franceses pretendieron, resultado de un acuerdo revisable entre los ciudadanos. Estamos llegando, nos advierte el P. Cantera, a un extremo verdaderamente peligroso, en que los Estados legislan, hipócritamente, contra la propia naturaleza humana, su vida, su dignidad y su verdadera libertad.

Evidentemente San Agustín entendía bien la obligación que se formula tras el mandato de “no matarás”, pero aceptaba algunas excepciones precisamente en razón de su cumplimiento. Pues hoy la legislación prohíbe la pena de muerte. Pero no es capaz en cambio de impedir los asesinatos especialmente de aquellos que esgrimen consignas de muerte. Y ahí está precisamente la clave: cómo lograr finalmente que, en un mundo atezado por el terrorismo, haya un respeto a la vida

humana. Una cuestión que el agustinismo planteaba correctamente y que hoy hemos abandonado. Lo mismo sucede con esa anomalía que llamamos homosexualidad: enmendarla y rescatar a sus víctimas es un deber moral. Pero las leyes buscan el signo contrario de estimularlo.

El último capítulo es el más claro desde el punto de vista del fiel simple que se asoma a este importante trabajo de Teología de la Historia. *La Ciudad de Dios* trataba ya de aclarar muchos aspectos de la doctrina. Tras una larga preparación de revelaciones confiadas a un solo pueblo –¡cómo hemos de querer los cristianos a los judíos!–, Cristo pasó a ser el Señor de la Historia. En su decurso la tarea principal radica en llegar a convertirse en un ser humano en busca de perfección teniendo a la vista el modelo que la naturaleza humana perfecta revestida por Jesús proporciona. Ésta es la base del agustinismo político a que Carlomagno quería mantenerse fiel. Los hombres son capaces de construir diferentes modelos de sociedad, ajustándose a las necesidades de cada tiempo, pero esto no los exime de procurar y conservar la elevada dignidad a que en el orden de la Creación están llamados.

Estamos, pues, ante un importante libro que es reflexión sobre el sentido de la Historia. Bueno será recordar al lector, a fin de que pueda extraer el mayor fruto, que aunque la Historia se escribe partiendo del pasado para descubrir el presente, se piensa en sentido inverso. En otras palabras: se toma a San Agustín como clave pero lo que se pretende es comprender los difíciles momentos que ahora está viviendo la Humanidad.

Luis Suárez Fernández,
Real Academia de la Historia

Presentación

Desde hace ya muchos años, venía albergando la idea de escribir un libro sobre la visión cristiana de la Historia que la ingente personalidad de San Agustín de Hipona ofrece en *La Ciudad de Dios*, esto es, el tratado *De civitate Dei*. En cierto modo, este anhelo quedó ya anticipado en un artículo que ha constituido la base del primer capítulo del trabajo que ahora se presenta aquí. La idea original fue elaborar el libro junto con el profesor Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña, pero su escaso tiempo hizo que finalmente lo realizara yo y, en su probada honradez, no ha consentido en mi oferta de quedar ambos como coautores en pie de igualdad. No obstante quiero que quede constancia de su participación en la génesis de la obra. Por eso en esta presentación hablaré de ambos.

Nuestro contacto con esta obra del Doctor africano se produjo, en cada uno de nosotros, en distintos momentos de nuestra vida y a distintas edades, pero en ambos casos provocó un impacto inolvidable e indeleble. A partir de su lectura, que requiere una consiguiente reflexión y meditación para penetrar mejor en su riqueza y en su valor perenne, nuestra actitud como historiadores no podía ser ya la misma. No es que ella haya condicionado nuestra interpretación de la Historia con apriorismos filosóficos conducentes a la demostración necesaria de unas hipótesis tenidas por absolutas –que es lo que ha caracterizado con frecuencia a la historiografía de signo materialista, en especial el autodenominado “materialismo histórico”–, sino que, muy al contrario del error de estas posturas, lo que ha hecho ha sido abrirnos unas expectativas mucho mayores y permitirnos acceder a una perspectiva más amplia y, sobre todo, de inmensa profundidad.

En efecto, para nuestra fe cristiana católica y al mismo tiempo para nuestra vocación intelectual como historiadores, el tratado *De civitate Dei* nos ofrece una comprensión teológica de la Historia, más aún que filosófica, de tal modo que nos deja descubrir el verdadero trasfondo de acontecer histórico, la acción del Dios providente e infinitamente bueno y el peso ejercido por el desarrollo de la libertad del hombre. Nos acerca mejor a ponderar el lugar central ocupado por Jesucristo, el Verbo encarnado, y por consiguiente a poder amarle aún más y a agradecerle

todo lo que ha hecho por el hombre. En definitiva, esta visión cristiana de la Historia, más que condicionar nuestro modo de hacer Historia, es decir, de estudiar y de escribir Historia, lo que hace es permitirnos percibir el sentido profundo y auténtico de los acontecimientos historiados.

Por eso, *De civitate Dei* siempre ha contado con numerosos comentaristas e intérpretes, más acertados y afortunados unos, menos otros. Alcanzó enorme importancia en la época carolingia y durante toda la Edad Media y, sin perderla jamás durante los siglos modernos, ha llegado hasta nuestros días como una de las obras magnas del pensamiento mundial, de tal manera que su sombra sigue apuntando hacia el futuro. Es, pues, una de esas obras inmortales, imperecederas, siempre actuales y siempre válidas, aun cuando tenga, como es lógico, muchos elementos que son únicamente propios de su época y no aplicables para otros tiempos. En conjunto, es una de esas obras fundamentales del pensamiento perenne cristiano y así ha venido siendo leída y estudiada en muchos libros más o menos extensos. Por sólo citar un ejemplo de comprensión cristiana de la Historia y en el que se tiene muy presente la postura de San Agustín, no queremos olvidar el reciente trabajo de quien ha sido la principal cabeza de la Escuela Tomista de Barcelona –que tanto admiramos–, el profesor Francisco Canals Vidal: *Mundo histórico y Reino de Dios*¹. Y ello sin olvidar, por otra parte, las palabras que el papa Benedicto XVI pronunció en la catequesis ofrecida durante la audiencia general del miércoles 30 de noviembre de 2005, evocando la visión agustiniana acerca de la Babilonia terrenal y la Ciudad de Dios².

Nuestro presente libro ofrece un primer capítulo que viene a servir de introducción general sobre *De civitate Dei* y la interpretación agustiniana de la Historia. En los otros seis capítulos se van desarrollando con mayor detalle algunas de las cuestiones que hemos considerado más importantes, en un orden que realmente responde a cierto hilo conductor que va uniendo los temas tratados.

¹ CANALS VIDAL, Francisco, *Mundo histórico y Reino de Dios*, Barcelona, Scire, 2005. Dedicar el capítulo II expresamente al tema “Mundo histórico y Reino de Dios en San Agustín”.

² Recogido en *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXVII, nº 48 (1927), 2 de diciembre de 2005. También recogido y resumido en *Verbo*, nº443-444 (marzo-abril 2006), pp. 155-156.

Así, en el segundo capítulo, partiendo de la fundamental afirmación del ser, se va exponiendo la doctrina de la creación del mundo y la aparición del hombre como criatura llena de dignidad y salida de las manos amorosas de Dios, y se pasa a tratar lo referente al pecado y al origen del mal, así como la consiguiente división de las dos ciudades. El capítulo tercero aborda algo esencial para poder comprender la Historia en perspectiva cristiana: la forma en que se armonizan en realidad la Providencia divina y el libre albedrío humano. Aun cuando lo hiciéramos con brevedad –y de hecho ha sido así en el capítulo cuarto–, no podíamos pasar por alto el puesto central de Jesucristo como clave de la Historia: el Verbo divino que ha asumido la naturaleza humana para redimir al hombre del pecado y devolverle a la amistad con Dios, había de marcar necesariamente toda la Historia del mundo. Por eso, después de su paso físico por este mundo, se hace ya más comprensible cuál debe ser la actitud del cristiano ante la vida terrena: aspirando a los bienes eternos, tiene sin embargo la obligación de esforzarse por las realidades temporales rectamente orientadas a su último fin, y por ello debe ocuparse también de la acción política (capítulo quinto). Sin embargo, cuando lo que se hace es olvidar la trascendencia a la que el hombre está llamado y todo sucumbe ante un materialismo atroz, se produce una crisis de civilización, como la que conoció el mundo tardorromano a consecuencia de las lacras previas que arrastraba el mundo pagano; a esto dedicamos el capítulo sexto. Pero, por supuesto, el cristiano no debe perder la perspectiva de la eternidad que confiere su sentido último a la vida en la tierra, como se verá en el capítulo séptimo, que cierra este libro con la esperanza del Cielo.

La presente obra, más que un estudio riguroso y detallado del *De civitate Dei*, cosa que no pretende ser, es más bien un conjunto ordenado –según acabamos de ver– de comentarios que son fruto de nuestras reflexiones a partir de la lectura del tratado agustiniano. En consonancia con este carácter, no ofrecemos abundantísima bibliografía, sino la que hemos considerado oportuna y necesaria, y la indicamos en las notas a pie de página, en vez de hacerlo en una lista exhaustiva de títulos. Si hemos deseado, en cambio, poder entender mejor a San Agustín por medio del mismo San Agustín: esto es, acudiendo a otros textos suyos, que hemos venido leyendo también desde hace ya muchos años con gran entusiasmo. Por eso ofrecemos una lista de obras salidas de su pluma y de las correspondientes abreviaturas que hemos utilizado para citarlas.

En fin, cabe cerrar esta presentación preliminar afirmando que la visión agustiniana de la Historia, como toda la fe cristiana católica, aporta esperanza: esperanza escatológica y esperanza ya en el tiempo presente. Ante las dificultades y en medio de las adversidades, a pesar de un mundo hostil que, como el actual, parece hacer gala de abierta oposición a Dios y a su infinito Amor, el cristiano se mantiene firme creyendo, esperando y amando. Su Dios es su baluarte y en Él confía. Y así, ante la presente situación de España, ciertamente desesperanzadora para quien no tenga algo de fe, cabe recordar aquellas palabras de un verdadero hombre de Dios que poseía una comprensión auténticamente cristiana de la Historia, como fue Víctor Pradera, propagandista católico y fundador con otros de la revista *Acción Española*. En una carta de 1920 a su amigo Antonio Maura (a pesar de sus diferencias de pensamiento), le decía: “No abandonemos nuestros puestos. La hora de Dios suele tardar en llegar, según nuestro modo de ver las cosas; pero llega indefectiblemente; que entonces esa hora encuentre a los que en Él han confiado, y a los que han hecho del amor a la Patria su culto, en sus puestos respectivos.”³ En 1936 llegó la hora de Dios y a él le encontró en su puesto: el pensador tradicionalista navarro murió perdonando a sus asesinos y confiando en el próximo triunfo de Cristo Rey y de la España Católica⁴. Haya, pues, “memoria histórica” también para él.

Tomando esto en consideración, a nuestro primer interés por la figura, la obra y el pensamiento de San Agustín, en especial en la obra que aquí comentamos, se une ahora la convicción de la necesidad del presente libro que ofrecemos, dada la actual falsificación de la Historia y la apostasía silenciosa o abierta que se están produciendo en España y en Europa en general, mediante la negación de su ser cristiano y la progresiva eliminación de todo cuanto vestigio quede de éste.

³ ORELLA MARTÍNEZ, José Luis, *Víctor Pradera. Un católico en la vida pública de principios de siglo*, Madrid, BAC, 2000, p. 81.

⁴ ORELLA, J. L., *Víctor Pradera*, p. 200.